

**T**rato de entender la belleza como experiencia intelectual, filosófica y psicológica, lo que se puede decir razonablemente sobre ésta y lo que la gente hace para tratar de entenderla. Es un tema sumamente complicado, en parte porque las cosas que llamamos bellas son muy diferentes. Pensemos en la siguiente variedad de cosas bellas: La cara de un bebé; *Harold en Italia*, de Berlioz; una película como *El mago de Oz* o cualquier obra de Chéjov; El fiordo de Geiranger; *La vista del monte Fuji*, de Hokusai; *El caballero de la Rosa*, de Richard Strauss; un gol impresionante en un partido ganador de una copa mundial de fútbol; *La Noche estrellada*, de Van Gogh; una novela de Jane Austen; Fred Astaire bailando en una de sus películas.

La lista incluye seres humanos, accidentes geográficos naturales, obras de arte y acciones humanas que muestran destreza. Dada tal variedad, encontrar una razón que explique la presencia de la belleza en todo lo dicho no es fácil. Quiero, sin embargo, proporcionar al menos una muestra de lo que considero la teoría más poderosa que tenemos hasta ahora sobre la belleza. No es la teoría ni de un filósofo, ni de un teórico del arte, ni de un pez gordo de la crítica del arte; es la teoría de un experto en percepciones, gusanos y cría de palomas: Charles Darwin.

Por supuesto, muchas personas creen saber la respuesta correcta a la pregunta “¿Qué es la belleza?”. Está en el ojo del que mira, es lo que conmueve personalmente, o, como algunos prefieren, especialmente

los académicos, la belleza está en el ojo culturalmente condicionado del espectador. Es la idea de que los objetos de arte, las pinturas, las películas o la música, son hermosas, porque las culturas en las que han sido creadas determinan una uniformidad en el gusto estético.

Ahora bien, esta idea no puede estar completamente equivocada: hay un fuerte componente cultural en la respuesta a la belleza, y todos conocemos ejemplos en los que juzgar por fuera de la propia cultura estética-familiar puede ser difícil. Mi ejemplo favorito: para muchos occidentales es difícil derivar placer de la Ópera de Pekín. Y cada uno de nosotros puede dar ejemplos de arte extranjero que le resulten muy difíciles de apreciar.

Por otra parte, en contra de la idea de que la belleza está única y exclusivamente condicionada por la cultura, encontramos el hecho evidente de que los gustos por la belleza, en la naturaleza y en las artes, viajan con gran facilidad a través de fronteras culturales e históricas: Beethoven es adorado en Japón, los peruanos se deleitan con la xilografía japonesa, las esculturas incas son consideradas tesoros en los museos británicos, Shakespeare se traduce a todos los principales idiomas de la tierra. O pensemos en el jazz americano o en las películas americanas, nos guste o no, ¡están en todas partes!

De forma subyacente a las diferencias entre culturas, hay valores y placeres estéticos que son universales. ¿Cómo podemos explicar esta universalidad? La mejor respuesta se encuentra al tratar de reconstruir darwinianamente la historia evolutiva de nuestros gustos artísticos y estéticos. Necesitamos hacer “retroingeniería” con nuestros gustos y preferencias artísticas presentes, y explicar cómo llegaron a grabarse en nuestras mentes, por acción de la prehistoria, en gran medida por los entornos del Pleistoceno en los que nos volvimos completamente humanos, y por las situaciones sociales en las que hemos evolucionado. Esta retroingeniería debe recurrir a la ayuda de aquellos registros de la prehistoria que se han preservado, como fósiles, pinturas rupestres, y otros. Pero también se debe tener en cuenta lo que conocemos sobre los intereses estéticos de los grupos aislados de cazadores-recolectores que han sobrevivido en los siglos XIX y XX.

Personalmente no tengo duda alguna de que la experiencia de la belleza, con su intensidad emocional y placer, pertenece a nuestra psicología humana evolucionada. La experiencia de la belleza es un componente más dentro del conjunto de adaptaciones darwinianas.

La apreciación de la belleza es un resultado adaptativo, el cual ampliamos e intensificamos en la creación y disfrute de las obras de arte y del entretenimiento.

\*\*\*

Consideremos la belleza de los paisajes.

En 1993, una fundación estadounidense elaboró una encuesta internacional a gran escala para determinar las preferencias interculturales por la pintura ideal. Se encontró, sorprendentemente, que la gente en todo el mundo, de culturas muy diferentes, prefería un tipo particular de paisaje, un paisaje que tiende a ser similar a los de más alta calidad de las sabanas del Pleistoceno, donde evolucionamos. Este paisaje se muestra hoy en día en los calendarios, tarjetas electrónicas y cajas de chocolate, en el diseño de campos de golf y parques públicos, y entre marcos dorados en las pinturas que cuelgan en las salas de las casas desde Estocolmo hasta Nueva Zelanda.

Es una especie de paisaje que los estadounidenses identifican como *Colegio del río Hudson*, pero que se ve en toda la historia de la pintura europea de finales de la Edad Media, pasando por el Renacimiento hasta nuestros días. Las características por defecto son:

- Espacios abiertos con hierbas bajas (o recortadas), tachonados con matorrales y grupos de árboles; árboles que se bifurcan cerca de la tierra y en los que se pueda trepar si es necesario.
- Presencia de agua directamente a la vista, o evidencia de que la hay cerca o a la distancia; apertura, por lo menos en una dirección y sin obstáculos, que permita ver el horizonte.
- Evidencia de vida animal, como aves, etc.
- Verdor diverso con flores y frutas.
- Paisaje con sendero o línea costera que borde un río y se extienda en la distancia, e invite al espectador a seguirla.

Una de las revelaciones más sorprendentes de la encuesta fue que el paisaje preferido, y de hecho más comprado en impresos artísticos y en calendarios, lo fuera también para gentes que viven en tierras polvorosas y localidades tropicales que nunca lo han conocido físicamente.

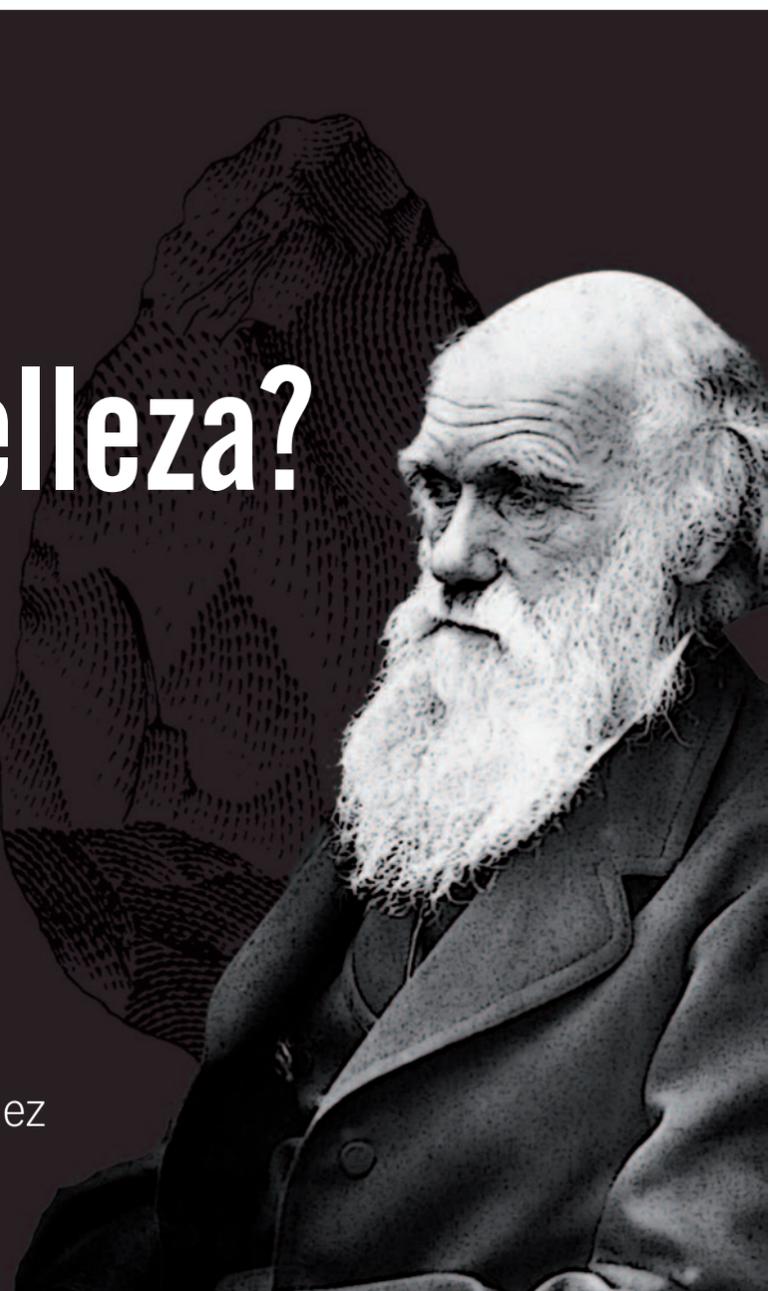
La belleza del paisaje ideal de sabana es una de las áreas donde más claramente los seres humanos, de todas partes, derivamos placer estético de una experiencia visual similar, hasta cierto punto independiente de la

# ¿Qué es la belleza?

Denis Dutton

VIII Seminario Nacional de Teoría e Historia del Arte de la Universidad de Antioquia

Traducción del inglés Ana Cristina Vélez



cultura y la experiencia. Nuestro omnipresente apego emocional por este paisaje es el resultado directo del hecho de que aquellos antepasados nuestros, decenas de miles de generaciones atrás en la prehistoria que prefirieron estos paisajes, disfrutaron de mayor tasa de supervivencia. Incluso una pequeña ventaja marginal puede, durante miles de generaciones, dejar preferencias estéticas grabadas profundamente en la mente humana.

Pero, podría argumentarse que se trata de una cuestión de belleza natural. Sin embargo, ¿qué pasa con la belleza artística? ¿Es ésta al menos puramente cultural? No, no lo es, y una vez más podemos comprender mejor la idea si miramos atrás en la prehistoria humana.

\* \* \*

La evolución opera por medio de dos mecanismos principales. El primero es la *selección natural*, con su mutación aleatoria y retención selectiva. Junto con nuestra anatomía y fisiología básicas, como la evolución del páncreas, los ojos y las uñas. La selección natural explica también muchas repugnancias básicas, como el que nos huela horrible la carne podrida, o el temor a las serpientes o a estar parados en el borde de un acantilado. La selección natural explica también los placeres: el placer sexual, nuestro gusto por el dulce, por las proteínas y la grasa, y la razón por la que nos atraen muchos alimentos populares, como las frutas maduras, el chocolate belga y las costillas de cerdo a la barbacoa.

El otro gran principio de la evolución es la *selección sexual*, y opera de manera muy diferente. La magnífica cola del pavo real es el ejemplo más famoso. No evolucionó para la supervivencia natural. No, la cola del pavo real es el resultado de las escogencias hechas por pavas reales para aparearse. Una idea tradicional es que las mujeres son las que empujan la historia evolutiva hacia adelante (el mismo Darwin, por cierto, no tenía duda de que la cola del pavo real era hermosa para la mente de la pava).

Con estas ideas en mente, podemos afirmar lo siguiente: la experiencia de la belleza es una de las formas que utiliza la evolución para despertar y mantener el interés, la fascinación, incluso la obsesión, con el fin de animarnos a tomar las decisiones más adaptativas para la supervivencia y la reproducción.

La belleza es la forma en que la naturaleza actúa a distancia, por así decirlo. No se puede esperar, por ejemplo, que comer un paisaje sea adaptativo o beneficioso, y

difícilmente la naturaleza nos hará comer a nuestro bebé o a nuestro amante. El truco de la evolución consiste en hacerlos, cada uno a su manera, hermosos, de modo que ejerzan una especie de magnetismo irresistible y el solo mirarlos nos proporcione un gran placer.

\* \* \*

Se suponía amplia y erróneamente que las primeras obras del arte humano eran las pinturas rupestres realizadas, con esa habilidad espectacular que todos conocemos, en Lascaux y Chauvet, que tal vez cuenten con 32.000 años de antigüedad, además de algunas pequeñas esculturas realistas de mujeres y de animales de la misma época.

Pero las habilidades artísticas y decorativas son mucho más antiguas: collares hermosos de conchas, que se parecen a los que vemos hoy en una feria de arte y artesanías, pintura ocre sobre el cuerpo que se ha encontrado con más de 100.000 años de antigüedad; pero los artefactos prehistóricos más interesantes son todavía más antiguos: me refiero a las hachas de piedra acheulenses.

Las primeras herramientas de piedra son los tajadores de hace 2,5 millones de años, encontrados en la Garganta de Olduvai, en África oriental. Estas herramientas burdas permanecieron sin mayores cambios por miles de siglos, hasta que hace 1.4 millones de años el *Homo erectus* comenzó a dar forma a láminas individuales de piedra fina, ovaladas o a veces redondeadas, pero fascinantes para nuestros ojos; hojas simétricas con punta o forma de lágrima. Son las hachas acheulenses (se encontraron en San Acheul, en Francia) que han sido descubiertas, por miles, dispersas por toda Asia, Europa y África, en los lugares por donde vagaba el *Homo erectus*.

La enorme cantidad de hachas de mano es prueba de que no pueden haber sido hechas sólo para matar animales. Y la trama se complica cuando te das cuenta de que, a diferencia de otras herramientas de piedra del Pleistoceno, las hachas de mano a menudo no muestran signos de desgaste en los bordes delicados de sus hojas. Algunas son demasiado grandes para el uso práctico, y otras son de piedras de colores especialmente atractivas, incluso, a veces, con fósiles incrustados. Las hachas acheulenses son diferentes a los prácticos tajadores y a otras herramientas utilitarias; su borde afilado se extiende no muy agradablemente por toda el hacha. Hubiera sido más práctico poner el

borde afilado en un solo lado y dejar por el otro una empuñadura redondeada.

La simetría sorprendente de lágrima, los atractivos materiales y sobre todo la meticulosa mano de obra, convierten las hachas de mano simplemente hermosas para nuestros ojos. ¿Para qué fueron hechos estos antiguos artefactos, que nos son de alguna manera familiares?

La mejor explicación disponible es que, literalmente, son las primeras obras de arte conocidas. Herramientas prácticas transformadas en objetos estéticos cautivantes, contempladas tanto por sus formas elegantes como por el virtuosismo requerido en su artesanía. Las hachas de mano enmarcan un avance evolutivo de la prehistoria humana: herramientas hechas para funcionar como señaladores darwinianos de adaptabilidad. Las exhibiciones o ejecuciones son como la cola del pavo real: sirven para mostrar la fuerza y vitalidad de sus fabricantes. Salvo que las hachas de mano no crecieron como el pelo o las plumas, sino que fueron diseñadas consciente e inteligentemente.

Realizadas con suma competencia, las hachas de mano indican cualidades deseables en las personas que las fabricaron: inteligencia, control motor fino, capacidad de planeación, conciencia y, a veces, acceso a clases escasas de piedra. Durante decenas de miles de generaciones, tales habilidades aumentaron la jerarquía de quienes las exhibían. Estos habilidosos individuos ganaban ventaja reproductiva sobre otros menos capaces.

Es una vieja trama, pero se ha demostrado que funciona: “¿Por qué no vienes a mi cueva? así te puedo mostrar mis hachas de mano”. Excepto, por supuesto, que no podemos estar seguros de cómo fue transmitida esa idea por el *Homo erectus*, que no contaba con lenguaje. Es difícil de entender, pero estos objetos increíbles se estaban haciendo desde 50.000 a 100.000 años antes de que se hubiera desarrollado la capacidad de hablar en nuestros antepasados.

Extendiéndose por más de un millón de años, la tradición de hachas de mano es la más larga tradición artística de la historia humana y protohumana. A finales de la época de las hachas de mano, el *Homo sapiens* (como ahora se llama) fue, sin duda, encontrando nuevas formas de divertir y sorprender a los demás, con quién sabe qué chistes, cuentos, bailes, tatuajes o peinados. Sí, peluquería. Me gusta imaginar a dos mujeres, de la edad de piedra, hace 100.000 años, descartando a algunos desafortunados: “Oh, él y sus

viejas hachas de mano. ¡Es tan del Paleolítico Inferior!”. Por supuesto, las capas geológicas no registran estos efímeros aspectos de la vida prehistórica.

Para nosotros, modernos, el virtuosismo en la técnica se utiliza para crear mundos imaginarios en la ficción y en las películas, y para expresar emociones intensas con la música, la pintura y la danza. Pero aún así, un rasgo fundamental de la personalidad ancestral persiste en nuestros deseos estéticos: encontramos belleza en las acciones que demuestran habilidad, sea en Lascaux, el Louvre o el Carnegie Hall. Un pianista o una soprano podrían hacer que se le pararan los pelos de punta, desde la espalda hasta la nuca, al *Homo erectus*. Los seres humanos tienen un gusto innato y permanente por las muestras de virtuosismo en el arte. Encontramos belleza en lo que ha sido bien realizado.

Así, la próxima vez al pasar por una tienda de joyas, en cuya vitrina se exhiba una piedra con forma de lágrima, con un bonito corte, no hay que estar tan seguro de que sólo la cultura es la que dice que esa joya centelleante es hermosa. A los distantes antepasados les gustaba esa forma y también encontraban belleza en la habilidad que se necesitaba para hacerla. Incluso antes de que lo pudieran poner en palabras.

¿Está la belleza en el ojo del espectador? ¡No! La belleza es una sensación profunda que está en la mente evolucionada del espectador. Es un don heredado de las habilidades inteligentes y de la rica vida emocional de nuestros antepasados más antiguos. Nuestras fuertes reacciones a las imágenes, a la expresión de emoción en el arte, a la belleza de la música, a una historia que nos deja extasiados, estarán con nosotros y nuestros descendientes durante el tiempo que la raza humana exista. ■

Denis Dutton. Filósofo y escritor. Falleció recientemente. Autor de *El instinto del arte: belleza, placer y evolución humana* (Madrid: Paidós). Fue profesor de Filosofía del Arte en las universidades de Canterbury, Christchurch y Nueva Zelanda. Fundó Arts & Letters Daily.

